



Escena típica del velorio

Una tradición que renace

Velorios de Cruz de Mayo

Por Wilson José Rojas

LA tradición venezolana de los velorios de cruz se confunde en el tiempo con los albores de la conquista. Ellos debieron formar parte del plan de acción de los misioneros, encargados de captar voluntades para el redil de Cristo, ya que la realización de ceremonias como ésta si bien se inspira en un motivo de franca devoción católica, tiene igualmente el atractivo de una fiesta pagana, en la cual marchan juntos el rito litúrgico y las distintas costumbres del pueblo en sus más ingenuas y elementales expresiones.

Junto con la espada, símbolo del poder, los descubridores españoles trajeron la cruz, señal de redención. Pero, nos preguntamos, ¿quién inventó la cruz? Del término sólo conocemos el origen latino, además de su significado histórico. Sabemos asimismo que fue creada como instrumento de tortura en los tiempos más primitivos, y que criminales y esclavos prófugos pagaron con sus vidas en ella los delitos que en mala hora les atribuyeron los personeros de la

Iris de paz que se puso entre las iras del cielo y los delitos del mundo.

El poder de un símbolo

La cruz es por antonomasia el signo más fiel de la religión cristiana en cualquiera de sus múltiples denominaciones; y si para los bárbaros primitivos fue un arma de terror contra sus adversarios, para nosotros en cambio ella significa a un tiempo paz, resignación o amor, e igualmente voluntad, fortaleza y salvación.

En su nombre fueron instituidas las más relucientes condecoraciones y a la vez fueron creadas organizaciones de tanta importancia en el plano de las relaciones humanas, como la Cruz Roja Internacional. A su patronímico dieron brillo personajes insignes de la historia, como San Juan de la Cruz, el eminente teólogo peninsular, y Sor Juana Inés de la Cruz, la inspirada poetisa mexicana del siglo diecisiete. Las flotas de guerra de todos los países confían su liderazgo indiscutible al crucero, po-

reinado de Constantino, adoptarlo como credo oficial.

Fue siempre tan incontrastable el poderío espiritual de la cruz, que no bastaron a marginar su primacía, y antes bien la tomaron por lábaro, aun los pronunciamientos cismáticos que la ambición, la pasión o la propia revolución determinaron en el curso de la historia, a partir de Cristo. Se habrían sentido huérfanos sin ella!

Su tremenda influencia en la evolución de la humanidad, desde el advenimiento del Mesías, puede medirse por hechos suficientemente historiadados y que son de una veracidad incontrovertible: cuando se hizo necesario el sacrificio de un redentor para absolver de culpas y devolver la fe en sí mismo al hombre, se produjo la inmolación de Cristo; y cuando el baluarte de la cristiandad se vio amenazado por las hordas bárbaras ávidas de sangre y poderío, tuvo razón de ser la epopeya de las cruzadas.

La devoción de la cruz

España legó directamente a sus colonias ultramarinas la devo-

lebra el mundo cristiano el día de la invención de la cruz. En todas partes de Venezuela y de Hispanoamérica se rinde culto al emblema del Calvario y los treinta y un días del mes han sido consagrados a esa celebración.

La cruz en el Alto Llano

Pero una de las regiones del país donde más acentuada aparece esta tradición, representada en los velorios de cruz, es el Alto Llano, toda esa extensa faja territorial comprendida entre la cordillera de la costa y la llanura baja, y que arranca de las estribaciones occidentales de Lara para perderse en los confines de Monagas; ahí, donde se mezclan y entrecruzan elementos materiales y anímicos diversos y donde la naturaleza produjo aquella suma de condiciones indispensables para que surgiera un venezolano-tipo cuyas características lo identifican más que a ningún otro con el perfecto mestizo de castellano y de criollo: el llanero.

Entre esa multitud de pueblos, San José de Guaribe, una de las puertas de entrada del Alto Lla-



Escena típica del velorio

LA tradición venezolana de los velorios de cruz se confunde en el tiempo con los albores de la conquista. Ellos debieron formar parte del plan de acción de los misioneros, encargados de captar voluntades para el redil de Cristo, ya que la realización de ceremonias como ésta si bien se inspira en un motivo de franca devoción católica, tiene igualmente el atractivo de una fiesta pagana, en la cual marchan juntos el rito litúrgico y las distintas costumbres del pueblo en sus más ingenuas y elementales expresiones.

Junto con la espada, símbolo del poder, los descubridores españoles trajeron la cruz, señal de redención. Pero, nos preguntamos, ¿quién inventó la cruz? Del término sólo conocemos el origen latino, además de su significado histórico. Sabemos asimismo que fue creada como instrumento de tortura en los tiempos más primitivos, y que criminales y esclavos prófugos pagaron con sus vidas en ella los delitos que en mala hora les atribuyeron los personeros de la barbarie convertidos en intérpretes de la ley.

Igualmente Cristo, nacido cuando ya promediaba el siglo siete de la fundación de Roma, padeció el suplicio de la cruz, bajo la acusación de un presunto intrusismo religioso, y en realidad por ser el activo portavoz de un movimiento doctrinario que amenazaba seriamente a la autoridad del emperador y que lesionaba de manera sensible los intereses de las más altas clases sociales de su época.

Mas, la circunstancia de que existan unos doce tipos de cruces, incluyendo la egipcia y la gammada, la latina y la griega, la aspada y la maltesa, y la papal, y muchas otras, indica que desde épocas muy pretéritas existió ésta que hoy consideramos como la expresión más característica de la fe o, como en la comedia de Calderón,

Iris de paz que se puso entre las iras del cielo y los delitos del mundo.

El poder de un símbolo

La cruz es por antonomasia el signo más fiel de la religión cristiana en cualquiera de sus múltiples denominaciones; y si para los bárbaros primitivos fue un arma de terror contra sus adversarios, para nosotros en cambio ella significa a un tiempo paz, resignación o amor, e igualmente voluntad, fortaleza y salvación.

En su nombre fueron instituidas las más relucientes condecoraciones y a la vez fueron creadas organizaciones de tanta importancia en el plano de las relaciones humanas, como la Cruz Roja Internacional. A su patronímico dieron brillo personajes insignes de la historia, como San Juan de la Cruz, el eminente teólogo peninsular, y Sor Juana Inés de la Cruz, la inspirada poetisa mexicana del siglo diecisiete. Las flotas de guerra de todos los países confían su liderazgo indiscutible al crucero, poderoso y fuerte; pero la ciencia astronómica tiene al mismo tiempo un motivo de interés cuando en el espacio infinito luce en las noches tropicales el incomparable fulgor de la Cruz del Sur. Cuando una arrogante potencia imperial disparó al mundo sus sangrientas garras, asechando a la sombra de la cruz gammada, las mejores potestades del espíritu buscaron y hallaron oportuno abrigo bajo el amparo de la cruz de Cristo, en tanto que la humanidad ajena a la contienda tenía sus muros de defensa, de neutralidad frente al desastre, a la vera del madero blanco que sirve de bandera a la dulce patria de Guillermo Tell. Recordemos, en fin, cómo el Imperio Romano, que durante cuatro siglos persiguió sin piedad al movimiento cristiano por considerarlo subversivo, dispuso al fin, bajo el

reinado de Constantino, adoptarlo como credo oficial.

Fue siempre tan incontrastrable el poderío espiritual de la cruz, que no bastaron a marginar su primacía, y antes bien la tomaron por lábaro, aun los pronunciamientos cismáticos que la ambición, la pasión o la propia revolución determinaron en el curso de la historia, a partir de Cristo. Se habrían sentido huérfanos sin ella!

Su tremenda influencia en la evolución de la humanidad, desde el advenimiento del Mesías, puede medirse por hechos suficientemente historiados y que son de una veracidad incontrovertible: cuando se hizo necesario el sacrificio de un redentor para absolver de culpas y devolver la fe en sí mismo al hombre, se produjo la inmolación de Cristo; y cuando el baluarte de la cristiandad se vio amenazado por las hordas bárbaras ávidas de sangre y poderío, tuvo razón de ser la epopeya de las cruzadas.

La devoción de la cruz

España legó directamente a sus posesiones ultramarinas la devoción de la cruz, que ella misma había adoptado desde su conquista espiritual por dos apóstoles y mártires que hasta allá llegaron durante los primeros años del cristianismo: Santiago y San Pablo, el primero ajusticiado en Jerusalem hacia el año 44 d. C. y el segundo veintitrés años después en Roma. Con las carabelas y los conquistadores llegaron a Tierra Firme también los misioneros. Con éstos vino la devoción de la cruz. Y detrás del abigarrado contingente de guerreros y frailes tenía que venir un poco de lo mucho que constituye la tradición ibera. Música y canciones que expresan el espíritu de aquel pueblo, y unas cuantas costumbres que han echado profunda raíz en el fecondo continente.

El 3 de mayo de cada año ce-

lebra el mundo cristiano el día de la invención de la cruz. En todas partes de Venezuela y de Hispanoamérica se rinde culto al emblema del Calvario y los treinta y un días del mes han sido consagrados a esa celebración.

La cruz en el Alto Llano

Pero una de las regiones del país donde más acentuada aparece esta tradición, representada en los velorios de cruz, es el Alto Llano, toda esa extensa faja territorial comprendida entre la cordillera de la costa y la llanura baja, y que arranca de las estribaciones occidentales de Lara para perderse en los confines de Monagas; ahí, donde se mezclan y entrecruzan elementos materiales y anímicos diversos y donde la naturaleza produjo aquella suma de condiciones indispensables para que surgiera un venezolano-tipo cuyas características lo identifican más que a ningún otro con el perfecto mestizo de castellano y de criollo: el llanero.

Entre esa multitud de pueblos, San José de Guaribe, una de las puertas de entrada del Alto Llano guariqueño, se distingue por su gente trabajadora y alegre, para la cual el "día de la cruz" tiene capital importancia. Puede decirse que es una fecha de doble significación, por celebrarse la fiesta de la cruz, y porque si dos meses antes ha caído algún chubasco, esto quiere decir que la noche del 2 de mayo debe tronar y desencadenarse un aguacero torrencial, signo de que el invierno será bueno, de que habrá abundante cosecha, de que habrá plata. Es, pues, un día de satisfacción religiosa y de importancia económica.

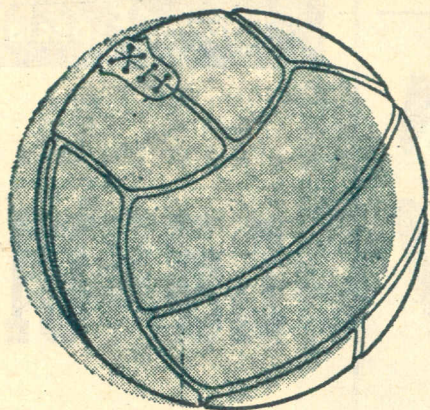
Y, ¿qué es un velorio de cruz? Para el caraqueño corriente será una oportunidad más para el "high ball" y para el baile de ocasión en cualquiera de los establecimientos destinados a este fin. No así para los habitantes

de tierra adentro. Allá es la reunión colectiva en torno de un altar donde se reza y canta a la cruz, donde se impetra la intervención divina en beneficio del progreso común. Los coros se forman espontáneamente y van improvisando sus coplas o fulias en cada caso, acompañados por furrucos, tambores, cuatro y maracas, entre brindis de sabroso carato de maíz con guayabilla y clavo de especia o traguitos de mistela para las mujeres, y el acostumbrado palito de brandy, caña blanca o ron para el conjunto varonil. A partir de media noche empieza la parranda, que se prolonga hasta el amanecer, bailando al son de arpa, cuatro, maracas y buche esa variedad de aires musicales nativos que van del golpe al pasaje y del galerón al seis, mientras unas cuantas gallinas gordas o un pavo rinden su preciosa existencia a la voracidad de los participantes.

Los guariberos siempre han celebrado sus velorios de cruz en el cerro del Calvario o en el cerro de la Cruz, donde se levanta la capilla construida por la Sociedad 3 de Mayo hace ahora veinticinco años. O en una esquina: la de la Poloniera, la de Don Miguel o, hace tres lustros, la del Borbollón. Más típico sabor adquirirían estas fiestas tradicionales cuando tenían lugar en la casa de Agustín Puerta o de Inés Díaz, en Las Delicias, o en la de Adela Morfe, en Samán Gacho, cuando se oían resonar en la quietud de la noche, hendiendo el aire tibio, los conocidos versos:

Nosotros seremos,
nosotros seremos
los sostenedores,
los que sostenemos,
los que sostenemos
los arcos de flores.

Célebres en la historia de aquellas parrandas se hicieron en otra época los nombres de "Copita", notable furrucero que encubría la identidad de Ceferino Colina; cantadores como Faustino López, los hermanos Torrealba, Magdalena Barrios y aquel hombre de pocas moscas a quien los muchachos llamábamos "Pablo Patón", seudónimo del negro Pablo Rojas, que desconocía el alfabeto pero era un Quevedo para improvisar: y un llanero de Tuc...



...Y DESPUES

AGUA DE COLONIA

Jean Marie Farina

CON LOS TRES ESCUDOS Y EL NOMBRE DE LOS PERFUMISTAS FRANCESES

ROGER & GALLET

DE PARIS

FOOT-BALL..



golpe al pasaje y del gallo al seis, mientras unas cuantas gallinas gordas o un pavo rinden su preciosa existencia a la voracidad de los participantes.

Los guariberos siempre han celebrado sus velorios de cruz en el cerro del Calvario o en el cerro de la Cruz, donde se levanta la capilla construida por la Sociedad 3 de Mayo hace ahora veinticinco años. O en una esquina: la de la Poloniera, la de Don Miguel o, hace tres lustros, la del Borbollón. Más típico sabor adquirirían estas fiestas tradicionales cuando tenían lugar en la casa de Agustín Puerta o de Inés Díaz, en Las Delicias, o en la de Adela Morfe, en Samán Gacho, cuando se oían resonar en la quietud de la noche, hendiendo el aire tibio, los conocidos versos:

Nosotros seremos,
nosotros seremos
los sostenedores,
los que sostenemos,
los que sostenemos
los arcos de flores.

Célebres en la historia de aquellas parrandas se hicieron en otra época los nombres de "Copita", notable furruquero que encubría la identidad de Ceferino Colina; cantadores como Faustino López, los hermanos Torrealba, Magdaleno Barrios y aquel hombre de pocas moscas a quien los muchachos llamábamos "Pablo Patón", seudónimo del negro Pablo Rojas, que desconocía el alfabeto pero era un Quevedo para improvisar; y un llanero de Tucupido, Alejandro Cabezas, quien entre décimas y coplas, y como ocultando una malicia ancestral, recitaba esta monótona estrofa:

La culebra en la basura,
la culebra en la basura,
la culebra en la basura,
la culebra... en la basura!

En Los Cantiles, caserío guariqueño alegre y populoso de otros tiempos, cercano a San José de Guaribe, las fiestas de mayo se turnaban de unos a otros habitantes principales del lugar. Se celebraban los velorios donde hubiera además una sala grande, con piso de tierra, para cerrar la parranda como era debido: con un buen baile. Memorables fueron los velorios de cruz en las casas de Amador Ribero y de Felipe Roldán, en El Cañafistolo; donde Mercedes Galindo, en



...Y DESPUES

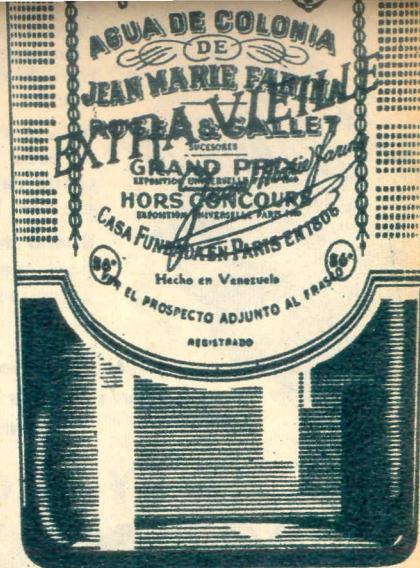
AGUA DE COLONIA

Jean Marie Farina

CON LOS TRES ESCUDOS Y EL NOMBRE DE LOS PERFUMISTAS FRANCESES

ROGER & GALLET

DE PARIS



La Cubanera, o donde Nerio Prieto, en Las Carmelitas; así como en la de Micaela Prieto, en Río Negro, camino de Batatal, Cantarrana, El Páramo y Los Tres Brazos, comarcas todas que han producido y continúan produciendo buenos músicos y cantadores, como ese buen ejecutante de la bandola que es Juan Esteban García, e improvisadores y troveros espontáneos como Alejandro Arzola.

Caseríos recostados de la Fila Maestra, que sirve de límite geográfico al Alto Llano guariqueño y a las estribaciones de Barlovento, las fulias tienen una preponderancia igual a los aguinaldos de cruz. No recordamos exactamente si fue a Raimundo Ar-

zola o a Bruno García, a Brunito Cedefío o a Juan Antonio Arzola, a quien oímos una noche en La Cubanera cantar aquella estrofa de fulia de extraños giros y de rara escala de tonos:

En el nombre e' Dios comienzo,
sí, señor!
Porque debo e' comenzar,
cómo no!
Porque debo e' comenzar (coro)
Tralalará lalará (coro)
Tralalará lalará (coro)

El que por la cruz comienza,
sí, señor!
Buen principio ha de llevar,
cómo no!
Buen principio ha de llevar (coro)
Tralalará lalará (coro, se repite)

Tal es, a grandes rasgos, lo que ocurre en los pueblos y caseríos de las llanuras altas del Estado Guárico, para celebrar las fiestas de la cruz. Pueblos que de años a esta parte, tras superar la terrible epidemia palúdica que tántas y tan útiles vidas restó a aquellas comarcas en años calamitosos para la vida nacional se reincorporan con nuevas fuerzas al avance del país, renaciendo con ellos una sana tradición que arranca de lo más hondo de su propia entraña y constituye a la vez manifestación de alegría común y expresión de la más pura fe.

